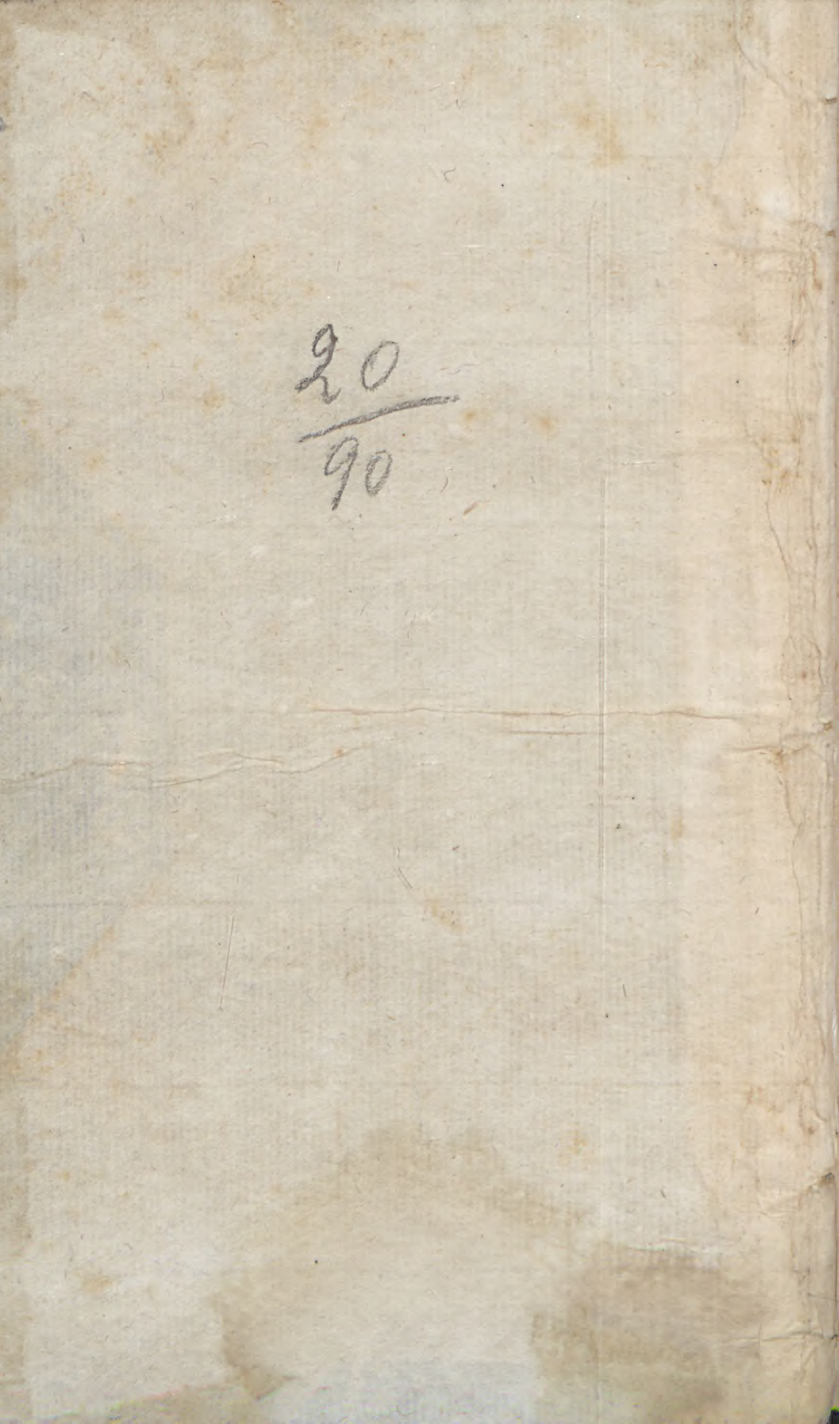



20
90

24

Pastoral del Obispo electo de Puertorico

Memoria de Carvajal á la Regencia

La Pormodia (Poema)

Discurso sobre la última conspi-
racion de Caracas.

Minérva: trata de los ventrilóquios

Elegia de Gallego.

CARTA PASTORAL

QUE DIRIGE Á SUS FELIGRESES

EL ILUSTRISIMO SEÑOR

D. MARIANO RODRIGUEZ DE OLMEDO,
Obispo electo de Puerto-Rico, del Consejo de S. M., &c.



MADRID 1816.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

NOS D. MARIANO RODRIGUEZ DE OLMEDO, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo electo de Puerto-Rico, del Consejo de S. M. &c.

A TODOS LOS FIELES DE AQUELLA ISLA: SALUD Y GRACIA EN N. S. J. C.

Pacem habête, et Deus pacis, et dilectiônis erit vobíscum.

S. Paul. Ep. 2. ad Cor. cap. 13 ℣. 11.

Cuando concluida felizmente la comision de diputado por la benemérita cuidad de la Plata y provincia de Charcas que me condujo á estos reynos, trataba de restituirme á desempeñar mi canongía en aquella metropolitana iglesia para descansar de los trabajos pasados y servir al Señor, cuidando solamente de hacer útil mi vida particular; la Divina Providencia, que dispone de la suerte de los hombres segun su beneplácito, ha puesto sobre mis débiles hombros el cargo pastoral de las almas redimidas con la sangre preciosa de Jesucristo: cargo formidable, amados hijos mios, y que hizo temblar y gemir á los santos que mas se distinguieron en la iglesia por su sa-

biduría y virtud. Turbóse mi espíritu y desfalleció mi alma viendo sobre mí el peso de tan graves obligaciones, sin acercarme, ni aun con gran distancia, á las virtudes necesarias para sobrellevarle, y no pude menos de exclamar con el profeta como el grande san Gregorio: *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me* (1). Libertóme el Señor de las borrascas del Océano que nos separa quando aporté desde la América, y ved aquí que me engolfa para la vuelta en otro mas borrascoso mar, mas lleno de sirtes y de escollos, y aun antes de echar mano al timon me sumerge la tempestad. Contemplo con san Leon (2) por una parte mi pequeñez, y por otra la grandeza del oficio que me encomienda el gran Pastor de las almas, y me quedo pasmado como Abacuc al oir la voz del Señor. Porque ¿qué cosa mas dura ni mas temible que el trabajo para el debil, la elevacion para el pequeño, y la dignidad para el que no la ha merecido? Sin embargo en medio de este temor me dá el Señor la confianza de añadir con el mismo santo Pontífice: no desespero, porque no confio en mis fuerzas, sino en las de aquel que obra en nosotros.

Crece en mí esta confianza, hijos mios, cuando dirijo una mirada sobre vuestras disposiciones cristianas, sobre vuestra docilidad, vuestra fe, vuestro amor al órden y á la tranquilidad, habiéndome informado por menor de que habeis

---

(1) Ps. 68.
(2) Serm. 2. in annivers. suæ assumpt.

dado las pruebas mas convincentes de vuestra paz en el Señor en estos tiempos de agitacion y turbulencias, de crímenes y horrores que han inundado el globo de lágrimas y sangre. Asegurado de vuestras pacíficas disposiciones, bendije mil veces al Dios de paz y de union; porque mientras el infernal volcan revolucionario abrasaba con su fuego devorador la Europa, y difundia su negra y pestilente lava en las vastísimas regiones de la América, vosotros mirásteis con lástima las innumerables víctimas que la mas atroz tiranía, hipócritamente cubierta con el manto de patriotismo, libertad é independencia, sacrificaba á su venganza y encono. Estos nombres mágicos de que se valen unos hombres tan malvados como ingratos no causaron la menor impresion en vuestros oidos, hechos á las voces de la razon y de la religion; porque es dificil que sean deslumbrados con ellos los que se defienden con tan impenetrables escudos. Así os habeis conservado siempre fieles á nuestro legítimo Soberano, y preservado vuestra felíz Isla de los horrores que veíais cometer en las vecinas y en tierra firme: horrores que mancharán para siempre la historia de la América, quiero decir, de una parte la mas hermosa del globo, cuyos habitantes parecen nacidos para las dulzuras de la paz, y no para las atrocidades de la anarquía. Así es que el mismo Señor os ha librado de este cruel azote de la humanidad, en premio de vuestras pacíficas disposiciones; y su imagen sobre la tierra el Rey N. S.

(Dios le guarde) justo apreciador del mérito y de la fidelidad, no ha podido contener su mano liberal y generosa en el momento en que llegó á su noticia vuestra adhesion á su real persona. ¿Os recordaré, hijos mios, sus beneficios? Pero ¿en quién de vosotros no estan grabadas con caracteres indelébles estas expresiones firmadas de su real mano en la cédula del 10 de agosto de 1815? *La Isla de Puerto-Rico ha merecido particularmente mis reales atenciones y paternal amor hácia los habitantes de ella, y se ha interesado en darles repetidas pruebas de que los miro como una porcion distinguida de mis dominios.* ¿Qué habitante de Puerto-Rico no se regocija al leer unas palabras tan agradables en un decreto benéfico del Monarca mas amado que tanto desea y procura nuestra prosperidad? No, hijos mios, no son estas palabras insignificantes. Las gracias y privilegios que os concede manifiestan que desea premiar vuestra fidelidad, como puede premiarla un rey agradecido y generoso en la parte que puede y le corresponde, dejando á Dios, cuyas veces hace sobre la tierra, el que obre en vosotros una paz y abundancia cristiana permanente y eterna. Y ved aquí, que anhelando yo cooperar á los grandes fines que se proponen nuestro Dios y nuestro Rey, os dirijo en esta carta la primera prueba de mi amor pastoral, recomendándoos esta misma paz con las expresiones del apostol san Pablo: *Amad la paz, y el Dios de paz y de caridad estará con vosotros.*

Y ¿qué otra cosa pudiera yo anunciaros en el primer paso de mi carrera apostólica que os fuese mas agradable ni mas necesaria que la paz? Ésta vino á traer al mundo el único que podia dársela, Jesucristo nuestro divino redentor: esta anunciaron los ángeles á los hombres en su nacimiento: ésta mandó á sus discípulos que llevasen por donde quiera que fuesen: ésta les dió á ellos en aquel divino sermon que les predicó despues de comunicarles su cuerpo y sangre: ésta en fin les anunciaba continuamente siempre que se les aparecia despues de su gloriosa resurreccion. No podia ser de otra manera, pues nadie llegó, hijos mios, á merecer el dulce nombre de hijo de Dios sino por la paz, como él mismo nos dijo en el sermon del monte (1). "Sí, dice un elocuente pa»dre (2): la paz despoja al hombre de la esclavi»tud, le dá un nombre noble, muda delante de »Dios la condicion de la persona, de siervo le »hace hijo, y de esclavo libre. La paz con los her»manos es la voluntad de Dios, la alegria de »Cristo, la perfeccion de la santidad, la regla »de la justicia, la maestra de la doctrina, la »guarda de las costumbres, y una enseñanza lau»dable en todas las cosas. La paz es el voto de las »súplicas, el camino facil de lograrlas, y el com»plemento de todos los deseos. Es la madre del »amor, el vínculo de la concordia, el indicio »manifiesto de una alma pura que pide lo que

(1) S. Math. cap. 5. v. 9.
(2) S. Pet. Chris. serm. 43.

»quiere y logra lo que pide." Tales son los dignos elogios y efectos de la paz. Para que percibais mas de lleno las delicias y hermosura de tan amable virtud, quiero extender sobre ella mis reflexîones, y complacerme con vosotros hablándoos del mayor bien que os puedo desear y que todos apetecen, aunque no todos le conocen y buscan donde realmente se halla.

Todos, repito, apetecen naturalmente la paz; ni hay un ser en el universo que no aspire á ella. Diré mas, ella sola es la amable y apetecible, por manera que como dice S. Agustin (1), es un bien tan grande la paz que aun en las cosas terrenas y mortales nada se oye que sea mas agradable, nada se desea mas apreciable, ni se halla cosa mejor en todo lo criado. Pero limitándonos á las criaturas racionales que pueden conocer su mérito, es constante que éstas la aman y la buscan, aun por aquellos medios que la turban. La guerra misma, enemiga irreconciliable de la paz, se emprende para lograrla; y como dice el mismo Padre (2), todo hombre busca la paz con la guerra, ninguno la guerra con la paz. Aun los genios revoltosos y perturbadores de la paz la buscan en sus rebeliones; pero es la que ellos quieren: lograda la qual cesarian sus alborotos y descansarian en ella á su modo. Tal es la conducta de todos los hombres sin exceptuar nin-

(1) Lib. 19. de Civit. Dei, cap. 11.
(2) Lib. 19. de Civit. Dei, cap. 12

guno; y tan cierto es que los hombres nacen para la paz y no para la guerra, como quisiera hacer creer una filosofia bárbara é insensata, diciendo neciamente que la guerra es el estado natural del hombre.

Sosiego del órden, *tranquillitas ordinis*, llama san Agustin á la paz, y lo hace patente recorriendo todas sus especies. "La del cuerpo, dice (1), »consiste en la ordenada temperatura de las par»tes que entran en su composicion. La del alma »irracional en el ordenado sosiego de sus apetitos. »La del alma racional en la ordenada concordia »entre el conocimiento y la accion. La del cuerpo »y del alma en la ordenada salud y vida del ani»mal. La del hombre mortal con Dios en la or»denada obediencia en la fe bajo la ley eterna. »La de los hombres entre sí en la ordenada con»cordia. La de una casa en el órden que hay en»tre los que mandan y los que obedecen. La de »una ciudad terrena en la de sus ciudadanos. Y »la de la ciudad celestial en la sociedad ordena»dísima y concordísima de gozar de Dios y de »sí mutuamente en Dios; por manera que donde »hay órden sosegado ó sosiego ordenado, allí »hay paz."

Este órden sosegado ó sosiego ordenado dice relacion á tres cosas, con las cuales debe tener el hombre paz si quiere ser feliz, á saber: á Dios, á sí mismo, y á los demas hombres. Y en cuanto

(1) Id. cap. 13.

á lo primero ¿quien podrá ser felíz si no está en paz con Dios? Si como hemos dicho con san Agustin, consiste la paz en la ordenada obediencia en la fe bajo la ley eterna, es decir, en que el hombre esté bien concertado con Dios, sujetando á él su voluntad y obedeciendo á sus leyes, de lo cual resulta el que Dios le mire amorosa y blandamente y derrame sobre él sus bienes y dones: ¿qué paz puede tener el que hace todo lo contrario? ¿el que ni tiene fe ni observa ley alguna, antes las atropella y pisa todas? ¡Ay hijos mios! el desgraciado que obra así es enemigo de Dios, está en guerra y guerra abierta con él. ¡Guerra con Dios!.. Terrible enemigo, cuya enemistad es mas temible que la misma muerte. Para que la evitemos nos describen los santos profetas los espantosos efectos de su indignacion sobre lo que mas amaba y miró siempre como á las niñas de sus ojos mientras obedecia á la ley y la observaba. Jerusalen, aquella ciudad de paz cuyas puertas habia él fortificado, cuyos muros estaban defendidos por su diestra y que á su sombra dormia en la paz y la abundancia, luego que se olvidó de Dios experimentó el rigor de su terrible justicia. Oid á Jeremías. "Quebrantó el Señor, dice (1), con »ira y braveza todo el vigor de Israel; hizo des»fallecer su mano derecha delante del enemigo, »y encendió en Jacob como una llama abrasa»dora al rededor. Flechó su arco como enemigo,

(1) Tren. cap. 2.

»refirmó su diestra como contrario, y pasó á cu-»chillo cuanto habia de apreciable y hermoso en »la morada de la hija de Sion, derramando como »fuego su ardiente saña. Convirtióse el Señor en »enemigo, derrocó á Israel, asoló sus muros, des-»hizo sus obras exteriores y colmó á la hija de »Sion de miseria y bajeza." El santo Job describe con igual energía los efectos de la indignacion divina sobre los malos con estas palabras (1): "So-»nido de espanto suena siempre en los oidos del »enemigo de Dios, y cuando tiene alguna tregua »se recela de la celada: no cree poder salir de »tinieblas: recátase por todas partes de la espada, »mirando con sobresalto en derredor, y cércale »la angustia." Aun se conocen mejor los efectos del furor divino si se considera el modo con que deja al enemigo cargar sobre el hombre, pintándonos admirablemente lo que él aun siendo justo experimentó en sí mismo (2). "Cortóme el Señor »los pasos de suerte que no puedo ir adelante; »y cerróme el camino con tinieblas. Me desnudó »de mi gloria, y me arrancó de la cabeza mi co-»rona. Me cortó en derredor, y ya vacilo cual »arbol que se destina á dejar de vivir. Encendióse »contra mí su furor, trátame como á enemigo, »envia contra mí sus escuadrones que abren bre-»cha y me cerca en mi misma morada."

Estos y aun otros mas espantosos son, hijos

(1) Job, cap. 15.
(2) Cap. 18. Job.

mios, los males que resultan á un hombre, á una ciudad y al mundo entero, de la guerra con el Omnipotente; el qual á pesar de esto no usa de todo el rigor de su justicia, dejando abierta la puerta de su misericordia en esta vida para que nos pongamos en paz con él. Así nos lo dice por Ezequiel (1). "Yo os lo juro: no quiero la »muerte del impío, sino que se convierta y viva. »Dí, hijo del hombre, dí á los hijos de mi pue»blo: la justicia del justo no le librará en el dia »en que pecare; ni la impiedad del impio le perju»dicará en el dia en que se corrigiere. En el mo»mento en que éste restituya lo que debe, ande »por mis caminos y no vuelva á cometer injus»ticia, vivirá y no morirá. No se le imputará »pecado alguno: hizo juicio y justicia: vivirá." Como si dijera: volvió el impío á mi paz, se acaba mi enojo. Ya le trataré como amigo; y derramaré sobre él las bendiciones que envío sobre Jerusalen cuando me ama y observa mi ley. Por Isaías (2) lo ha dicho. "Yo derramaré sobre »ella como un rio de paz, y la gloria de las gen»tes de que gozará se podrá comparar con una »avenida creciente. Traerán á sus hijos á los pe»chos, puestos sobre el regazo recibirán caricias, »y yo, sí, yo os las haré aun mas tiernas que »las que una madre puede hacer á los hijos de sus »entrañas." Aquí teneis las infalibles promesas que nos hace el Señor, experimentadas y alta-

(1) Ezeq. cap. 33.
(2) Isai. cap. 66.

mente proclamadas por aquellos que despues de haber estado en guerra con su Magestad por el pecado con que todos nacemos, y por los que luego añadimos se convirtieron á él, bajaron el orgulloso cuello á su suave yugo, y le llevaron con alegría y placer. ¿Hubo jamas cosa que turbase la calma de que luego gozaban? El mundo con sus alhagos, el demonio con sus ardides y la carne con sus rebeliones ¿lograron aportillar su alma, sembrar en ella temor y alborotar su reyno? De ninguna manera, antes en esto mismo se alegraban: cuanto mas estrechados se veían de enemigos, tanto mas se esforzaban con el favor divino. Y para que no os parezca una paradoja, echad conmigo una mirada sobre el santo rey David puesto en las mas apuradas circunstancias. Estando en paz con Dios, se hallaba al mismo tiempo acosado de enemigos poderosos, declarados unos como Saul, y otros ocultos como los habitantes de Ceila, á quienes favorecia el buen David contra las incursiones de los Ciros. Vedle fluctuar entre la esperanza y el temor; pero recobrándose un poco, poniendo en el Señor sus ojos, y repasando entre sí los lazos que habia roto con su auxilio, y los peligros de que le habia librado su mano, aleja de sí todo temor, y tranquilizado el ánimo, restituida al corazon la calma con la consideracion de que poseia el Ephod como una prenda del favor divino, exclama y dice (1): *Dios*

(1) Ps. 26.

es mi luz y mi salud ; ¿á quién temeré? Él protege mi vida ; ¿qué me hará temblar? Como si dijera: ¿de qué temes, David? ¿Qué te asombra? ¿De qué te afliges? ¿Hay algo en que puedan perjudicarte tus enemigos? ¿Te apresarán en su astucia? ¿Te oprimirán con su poder? ¡Eh! no será así. La luz de tu Dios alumbrará tus pasos para que no caigas en el lazo que te preparen: él hará que tus pies huellen las alturas y lugares seguros con la ligereza de los ciervos: él es tu guia en el camino, tu compañero en la fuga y tu amigo en el destierro. Él es tu consejo en los negocios dudosos, tu consuelo en los adversos y tu auxilio en los peligrosos. ¿Lo sabes por experiencia, y tiemblas? Lanza fuera del pecho el temor, y jamas se diga que le abrigó David cuando estaba en paz con Dios. Sépase que toda otra guerra es para él indiferente y aun objeto de esperanza; porque verá caer rendidos á sus pies ejércitos enemigos postrados por el Señor que es mi luz, mi salud y mi fuerza. Concédame éste lo único que le pido, y es ver siempre su rostro y visitar su templo, y todo lo demas me es despreciable. Ya no estrañareis oirle decir al Señor (1): *Los que aman tu ley ¡oh Dios! gozan de mucha paz, y no hay para ellos tropiezo.*

Sí, hijos mios, la paz es el premio del amor de Dios, y por decir mejor, este amor es paz y felicidad. Tan íntimamente unidas van estas

(1) Ps. 118.

cosas, que ni hay amor divino sin paz, ni paz sin amor divino; porque cuando no se ama á Dios se ama la maldad, y de este amor nacen todas las guerras, así como del primero nacen todas las buenas paces. Cuando el hombre ama la iniquidad está en una guerra que todo lo asola y lo arruina; porque engañado con la falsa suavidad que experimenta en los brazos del placer, se adormece en él cuando resuena sobre su criminal cabeza la horrible tormenta de la ira divina sin que él la conozca. Al contrario cuando está en paz con su Dios, son muy débiles las impresiones que causan en él todas las otras guerras. Ved los mártires: superiores á los tormentos mas crueles, gozaban de una paz imperturbable en medio de una guerra sangrienta: padecian y se alegraban: sufria el cuerpo, ninguno de sus miembros tenia paz, y solo se reservaba el corazon para ser su asiento, como lo era del amor. De él nacian los mandamientos para que sufriesen los miembros. Caían éstos desgarrados y despedazados por el furor de los verdugos; pero el ánimo libre, no solamente superior á éstos, sino tambien juez de los tiranos, servia á su Dios sin discordancia de afectos que conspiraban todos á la felicidad eterna. Su paz consistia en sufrir al enemigo á quien vencian, y en amar á su Dios de quien gozaban. Aun á los miembros desgarrados tocaba algo de la paz del alma, á saber, no sucumbir á la injusticia, á pesar de sucumbir al dolor. ¡Qué bien lo canta la Igle-

sia (1): *Cæduntur gladiis more videntium=non murmur resonat, non quærimonia=sed corde impavido mens benè conscia=conservat patientiam*! Por este medio llegaban á la felicidad y á la paz eterna. Amaban muriendo, y morian amando; y para los que aman y mueren así no puede haber tropiezo.

No, hijos mios, no puede haber tropiezo para los que aman la ley de Dios y tienen paz con él observándola; porque estando en sosegado órden con Dios, él mismo pone tambien sosiego ordenado en el hombre, y no le es tan intolerable y cruel la guerra necesaria que experimenta. ¡Desgraciado hombre que no puede libertarse enteramente de ella sino con la muerte! Y vedme aquí, hijos mios, (con motivo de esta segunda paz del hombre consigo mismo) en la precision de recordaros uno de los principales fundamentos de nuestra santa religion, sin cuya inteligencia es el hombre un ser inexplicable. Vosotros lo sabeis, y la experiencia os lo enseña á pesar vuestro. Es contínua, es viva la guerra que el hombre sufre dentro de sí mismo. Conoce el bien, le aprueba y no le ejecuta. Quiere mandar la parte superior á las inferiores, y éstas dan gritos contínuos de rebelion, se enardecen y por lo comun mas fuertes y poderosas arrastran frecuentemente á la señora y llegan á esclavizarla. ¿De dónde viene este horrible trastorno? ¿De qué nace esta guerra

(1) Him. de la iglesia en la fiesta de los mártires.

cruel? En vano consultareis á los filósofos. Cuando mas os dirán que la guerra es efectiva, os darán reglas para mitigar su furor, y aun llegará alguno á afirmar que la naturaleza, madre de todos los demas seres, es madrastra del mas excelente de todos los visibles. Pero ¿quedaréis satisfechos? ¿Os darán la paz con sus bellas teorías? ¿Viviréis en sosiego ordenado con vosotros mismos? Aquí, hijos mios, es preciso invocar una luz superior que nos descifre el enigma, y llamar á un médico mas que humano que nos descubra el origen y gravedad del mal, y nos aplique el remedio. No, no podia salir el primer hombre de las manos de un Criador infinitamente bueno y sabio con las miserias que cargan ahora sobre él desde el vientre de su madre hasta entrar por la muerte en el seno de la tierra. La discordia que se observa entre sus conocimientos y sus pasiones, y la rebelion de éstas no podia ser obra de un Dios justo que á nadie castiga sin merecerlo. Pecó Adan::: Ved aquí el origen de la guerra, la fuente de todos los males. Rebelóse contra su Dios, y era justo que todo se rebelase tambien contra él. Es inútil buscar rendijas por las quales entrase el pecado en el mundo, decia S. Agustin á Juliano; pues el Apostol nos señala una puerta bien patente quando dice (1): *Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó á todos ésta, porque todos pecaron en*

(1) Rom. cap. 5.

aquel. Heredamos todos la ignorancia, la concupiscencia y la muerte. El entendimiento quedó casi ciego, la voluntad inclinada al mal, y las pasiones desordenadas. ¿Y cómo podia hâber sosegado concierto donde habia hecho asiento la discordia? ¡Pero qué discordia! Tan grande que el apostol san Pablo despues de decir que no hacia el bien que queria, sino el mal que no queria; que se complacía en la ley de Dios segun el hombre interior, pero que veía en sus miembros otra ley que era repugnante á la de su espíritu, y le cautivaba en la del pecado que habia en sus miembros, se vé obligado á exclamar (1): ¡*Infeliz de mí*! ¿*quién me librará del cuerpo de esta muerte*? Tal es, hijos mios, el cisma, la disension y la guerra que hay en un mismo hombre, entre el espiritual y el carnal, entre el celestial y el terreno, entre el viejo nacido segun el primer Adan y el nuevo formado por el segundo en justicia y santidad. Pero no creais que esta discordia y guerra perjudique al hombre que pone en la gracia de Jesucristo, como el Apostol, la esperanza de la victoria. Por gracia y con gracia se descubre lo que estaba oculto; se hace amable lo que antes se aborrecia, y aborrecible lo que antes se amaba, se sujetan las pasiones mas furiosas, y obedecen éstas á la razon, porque la razon obedece á Dios. Concertados en el hombre los deseos, goza de una dulce paz; y aunque camina siempre con precaucion,

(1) Rom. cap. 7.

porque los enemigos son astutos, poderosos é infatigables, armado con el escudo de la fe, llevando de descubridor á la vigilancia cristiana, y animado con la esperanza de que le es útil tener enemigos para no descuidarse, y que éstos le dejarán libre cuando llegue al dichoso término de su carrera, tiene toda aquella tranquilidad que puede caber en un viagero. ¿Con qué expresiones podré yo ponderaros el bien de esta paz? Al que goza de ella ni le estremece el miedo, ni le inflama la aficion, ni le saca de quicio la vanagloria, ni la tristeza ni el dolor le abaten, ni en fin le altera ningun acaecimiento humano. Al contrario ¿qué vida es la del que no está en paz consigo mismo? ¿la de aquel en quien no guardan ley alguna los apetitos y pasiones, antes bien se mueven á su antojo? Múdase á cada paso con afectos contrarios. Ya le vereis alegre, ya triste, ya confiado, ya tímido, ya soberbio y orgulloso, ya vil y rastrero. Cuantos objetos se le presentan, otros tantos hacen presa en él. Desea todo lo que le ofrecen los sentidos: se afana por alcanzarlo: se enciende en ira y coraje si no lo alcanza; y despues de alcanzado lo desecha con hastío y lo aborrece. ¡Ah! y cuanta razon tenia el profeta Isaías para decir (1) *El malo es como mar que hierve*, que no tiene sosiego. No, hijos, no; ese mar que os cerca á vosotros por todas partes no es tan inconstante ni tan borrascoso como el corazon del hombre

(1) Isai. cap. 57.

malo. Los vientos no ejercen en él su fuerza con tanta vehemencia como los apetitos y pasiones en el impío. Estas le oscurecen el dia, le hacen temerosa la noche, le quitan el sueño, le acibaran la comida, y en una palabra no le dejan un momento de vida dulce y de placer verdadero. En vano quiere aparentar una calma de que no goza. Dirá, sí, que su placer es su ley; ¿pero estará de acuerdo su corazon con su boca? No, no será el primero que al proferirlo siente desgarrar sus entrañas por los remordimientos de su conciencia. Este primer acusador, juez y aun verdugo del malvado, le sigue en todas partes, y si se oculta en el seno de los placeres, allí le va á buscar el remordimiento cruel. *No hay paz para el impío, dice el Señor* (1); porque la virtud sola puede darla. "Esta es, dice el Crisóstomo (2), la que destierra »del ánimo las perturbaciones que son su guerra »secreta, y no permite que el hombre esté divi»dido en vandos. Sin ésta será siempre miserable »y desventurado, aun quando en lo exterior pa»rezca gozar de grande paz: porque ni el Scita »bárbaro, ni el Sármata, ni el Tracio, ni el Moro, »ni otra nacion, por fiera que sea, pueden hacer »una guerra mas cruda que la que hace un mal»vado pensamiento quando se introduce en el co»razon. Y así debe ser; pues aquella es guerra ex-

---

(1) Isai. cap. 57.
(2) Crisost. Expos. in Ps. IV.

»terior, y ésta se hace dentro de casa; y sabido »es que el mal nacido de dentro es mucho mas »grave que el que viene de fuera. La carcoma »que se cria en el madero le consume mas que »las injurias del tiempo. El cuerpo sufre mas de »las enfermedades internas que de las externas. »Las ciudades y reynos quedan mas arruinados »con las guerras civiles que con las que mueven »los estrangeros. Pues del mismo modo no ha»cen tanto daño á nuestra alma los enemigos »que la acometen de afuera, como las pasiones y »enfermedades que nacen de ella. ¿De qué sirve »por exemplo al envidioso no tener enemigo ex»terior? Él mismo se hace la guerra, y afila con»tra sí sus pensamientos mas penetrantes que la »espada. Le incomoda todo el bien que vé. Las »felicidades agenas son otros tantos puñales que »le clavan el corazon. Mira como á enemigos á »quantos cree dichosos, y su ánimo está siem»pre enconado y desapacible. Pues ¿qué aprove»cha á éste tener paz por de fuera quando la »guerra grande que trae dentro de sí mismo le »obliga á andar furioso y lleno de rabia, y aco»sado de ésta hasta el extremo de apetecer mas »bien mil muertes que ver á su igual en bonan»za y prosperidad?... No es así el que está li»bre de esta y otras pasiones; antes hinche su »pecho de sabios deleites como el navegante que »descansa en el puerto.» ¡Oh amados hijos mios! ¡Y cómo se verifican sobre el malo las espantosas palabras que Moysés dijo á su pueblo si no ob-

servaba la ley! (1) " No esperes reposo ni tran»quilidad, ni que tu planta camine segura; por»que el Eterno pondrá miedo en tu corazon, des»fallecimiento en tus ojos, y tristeza devorante »en tu alma. Tu vida estará siempre en duda »para ti, vivirás en espantoso dia y noche, y lle»garás á dudar si existes. Por la mañana dirás: »¡Ojalá fuera ya la tarde! Y por la tarde: ¡Ojalá »llegase la mañana! Y esto por el miedo que opri»mirá tu corazon, y por lo que verás en derre»dor de ti." Así se venga Dios del impío que desprecia lo que le debe y lo que se debe á sí mismo; de donde nace la guerra que declara á los demas, y que solo puede precaver la paz de unos con otros; que es la tercera paz que os indiqué al principio.

Todos sabeis que el desórden de los apetitos y deseos son los que producen la discordia, la enemistad y la guerra entre los hombres. Aspirando todos á la posesion de los bienes terrenos, y no pudiendo éstos llenar la capacidad de una alma hecha para Dios, se incomodan, se irritan y enojan contra sus concurrentes, y hacen cuanto pueden para lograr lo que desean y para que ninguno les quite de entre las manos lo que lograron una vez. Por dar paz á su ambicioso corazon, á su avaricia, á su sensualidad, mueven guerra á sus semejantes, y derramarán con placer la sangre por defender un poco de barro, que

(1) Deuter. cap. 28.

suele ser muchas veces la manzana de la discordia. En términos bien expresos lo asegura el apóstol Santiago en su carta canónica cuando dice (1): " ¿De dónde os parece que nacen entre vosotros »los pleitos y las contiendas sino de vuestras pa»siones que combaten vuestra carne? Abundan »en vosotros los deseos y no los satisfaceis. Envi»diais y matais, sin que por esto logreis lo que »quereis: os declarais pleitos y guerras sin que »alcanceis nada, porque no lo pedís á quien de»beis." Ved aquí, hijos mios, como los hombres se engañan buscando los bienes aparentes por el camino de los males reales y efectivos; cuando si consultaran á la razon y á la fe hallarian los bienes reales por el camino de otro bien real qual es la paz. Porque ¿cuál es la doctrina que sobre este punto nos enseñan de acuerdo la razon y la fe, que son las dos guias del hombre para conducirle á la felicidad? La primera nos dice, que siendo tan apreciable la paz con los demas, debemos buscarla por todos aquellos medios que no sean contrarios á la justicia; que debemos tambien disimular las faltas de nuestros hermanos, para que éstos nos disimulen las nuestras; que habiendo nacido para tolerar, como dice S. Agustin, es interes nuestro no faltar á este deber impuesto en favor de la paz. En fin la razon nos dice, que siempre damos nosotros algun motivo para que se disgusten y ofendan aquellos con quie-

(1) Epist. Jacob. cap. 4.

nes vivimos; los cuales si no siempre nos aman, es porque nosotros no sabemos ganar su amor, antes por el contrario los alejamos de él. Si somos altaneros, soberbios, envidiosos, intolerantes é intolerables; si aun cuando carezcamos de los vicios que turban el órden de la sociedad, nos arrojamos con furor sobre el infeliz que los comete, no estando autorizados para ello, ¿será estraño que contemos mas enemigos que amigos, y que vivamos en continua guerra? Seamos prudentes, útiles y tolerantes hasta donde podamos, y es seguro que contribuirémos á alejar de la sociedad este azote cruel de la discordia. Tal es el lenguage de la razon, en cuyo apoyo viene el de la religion. Su divino Autor amó tanto la paz, que de las ocho bienaventuranzas que propuso, dos se reducen á recomendarla. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*; y *bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios.* (1) ¿Y con qué ahinco no la recomienda san Pablo? *Si es posible*, dice (2), *tened paz con todos los hombres::: No conviene al siervo de Dios pleitear, sino ser manso y pacífico con todos* (3). Ultimamente (no es necesario repetir mas documentos) en la carta 1.ª á los de Corinto (4) asegura, que si hay entre ellos hom-

(1) Matth. cap. 5.
(2) Rom. cap. 12.
(3) Tim. 2. cap. 2.
(4) 1. ad Cor. cap. 11.

bres amigos de contiendas, ni él, ni la iglesia de Dios tiene tal costumbre.

Esta doctrina que el santo Apóstol inculca continuamente en sus cartas, nos es tan necesaria, que por eso ninguna otra se halla mas recomendada en los divinos libros de uno y otro testamento. Los libros Sapienciales están llenos de estas máximas, porque ellas contribuyen á la tranquilidad á que debe aspirar el hombre como al mayor bien de la vida. ¿Puede decirse mas en su alabanza que comparar la mansedumbre y la paz con el árbol de la vida misma? Esta comparacion hallais en los Proverbios (1). ¡Ay hijos mios! por cuán feliz me tendria yo si al hablaros por primera vez os pudiera no solamente convencer de que es una obligacion vuestra buscar la sombra de este árbol divino, sino tambien sentaros á ella y reposar perpetuamente. Pero es al menos deber mio instruiros, plantar y regar, y dejar á Dios dar el incremento. Es una obligacion vuestra conservar la paz con todos los hombres por cuantos medios son compatibles con otros deberes. Os he dicho ya que es tan estrecho el enlace entre la paz y la caridad, que no se halla la una sin la otra; y siendo nuestra santa religion la de la caridad, se sigue que es tambien la de la paz. Os he insinuado tambien que el pecado produjo la desunion y discordia entre Dios y el hombre, entre el espiritual y carnal, y entre to-

(1) Prov. cap. 15.

dos los hombres : desunion y discordia , que solamente puede desterrar la caridad que Jesucristo vino á traer al mundo, la cual reconcilia al hombre con Dios sujetándole á sus leyes , al hombre consigo mismo domando sus pasiones, y con los demas hombres quitándole el deseo de dominarlos y ser superior á ellos. ¿Y cómo podrá dudarse que uno de los principales efectos de la caridad es conservar la paz y union entre todos? Nos guardamos bien de perjudicar á los que amamos : disminuimos sus faltas, y las disculpamos con la buena intencion cuando no podemos negarlas; y aun nos obliga el amor á acusar nuestros defectos de graves é importantes si hieren al objeto amado. De aquí nace la paz en que vivimos con él, y la facilidad con que nos reconciliamos si se excita alguna vez la discordia mas ligera. Otro tanto haríamos con todos los hombres, si, como debemos, les amásemos á todos en Jesucristo y por Jesucristo.

De esta obligacion de amar á todos sin excepcion nace la de servirlos en lo que podamos; y es constante que es imposible servirlos cristianamente sin paz. Ella es la que abre la puerta del corazon de donde deben nacer nuestras buenas obras en su favor; cuando por el contrario la aversion, la discordia y la guerra echan á esta puerta mil candados de bronce para que ni aun miremos con lástima las miserias que afligen á nuestros semejantes. Acaso me direis, que no está en vuestra mano hacer siempre estos ser-

vicios; pero tened paz con todos, y sea cristiana esta paz, y ella os sugerirá medios de ser útiles á los demas. Y sinó decidme, ¿os parece poco útil á vuestros hermanos vuestro silencio, vuestra modestia, vuestra paciencia, y sobre todo vuestras oraciones? Acaso estas son armas mas eficaces y poderosas para lograr la paz aun con los mayores enemigos, que todas las demas que podeis emplear. Acaso ellas solas bastarian á vencer todos los obstáculos que se oponen á la paz. ¿Mas qué digo acaso? ¿No fueron ellas las que vencieron á los mas obstinados enemigos de la religion? Los primeros fieles ¿no amortiguaron así el ardor y encarnizamiento de sus perseguidores? ¿No convirtieron de este modo en corderos pacíficos á tantos lobos carniceros? Ni podia ser de otro modo, hijos mios. Jesucristo autor de la verdadera paz se valió de estos mismos medios para establecerla, y él es el que los hizo fructificar en sus discípulos. Si este fruto no corresponde siempre á los deseos de los buenos, no será suya la culpa, sino de los que se obstinan en sus errores y maldades. Nunca faltarán enemigos de la verdad; y así lo predijo Jesucristo á sus apóstoles; pero entre tanto les recomienda la sencillez de la paloma, la mansedumbre de la oveja y la prudencia de la serpiente. Si á pesar de que los cristianos practiquen estas virtudes, se excitan contra ellos persecuciones y guerras atribuyéndoles la culpa, podrán responder lo que Elías á Acab, que le acusó de que alborotaba á

Israel: (1) *No soy yo el alborotador de Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habeis abandonado los preceptos del Señor, y seguís á Baalim.*

No dudo ya, hijos mios, que todos conoceis la necesidad de conservar la paz de unos con otros; pero esto no basta: es menester ademas procurarla y practicarla por los medios divinos que acabo de indicaros. Detengámonos un poco en ver cuáles son las causas mas ordinarias de las divisiones que hay entre los hombres. La oposicion de opiniones, el choque de intereses dan ocasion á la indiferencia primeramente, despues á la censura, y últimamente á la aversion y enemistad. La historia tanto sagrada como profana nos hace ver que las grandes guerras han solido nacer de las mas frívolas disputas, que cual pequeñas chispas arrojadas sobre combustibles bien dispuestos encienden llamas voraces. ¿No se ha visto varias veces que el deseo de vengar una leve injuria y la discordancia de opiniones sobre puntos poco interesantes, han enconado los ánimos hasta el punto que solo Dios los ha podido reconciliar? Los males que lloramos al presente no hubieran llegado á tanto extremo si hubiésemos seguido las lecciones que el Apóstol nos dá escribiendo á los romanos (2). "Os exhorto, »dice, á todos vosotros, segun el ministerio que »me ha sido dado, que no os eleveis mas de lo

(1) III. Reg. cap. 3.
(2) Rom. cap. 12.

»que debeis, sino con sobriedad, segun la me-
»dida del don de la fe que Dios ha repartido á
»cada uno. Así como en un cuerpo hay muchos
»miembros que no todos tienen el mismo oficio,
»así sucede en la iglesia y en la sociedad cristia-
»na.... sea sincera vuestra caridad: aborreced el
»mal y haced el bien: amad á vuestro prójimo con
»afecto de hermanos: prevenios unos á otros con
»testimonios de honor y condescendencia: sed
»exactos en el cumplimiento de vuestras obliga-
»ciones: bendecid á los que os persiguen: bendecid-
»los y no los maldigais: alegraos con los que se
»alegran: llorad con los que lloran: conservad
»la union en los sentimientos... no seais sabios á
»vuestros propios ojos: no deis mal por mal:
»obrad el bien, no solamente ante Dios, sino tam-
»bien ante los hombres: tened paz con todos los
»hombres en cuanto podais: no os empeñeis en
»defenderos intempestivamente, sino dad lugar á
»la ira, pues escrito está: *Para mí queda la ven-
»ganza, dice el Señor*. Si tu enemigo tiene ham-
»bre dale de comer, si padece sed dale de beber;
»porque haciéndolo así amontonarás carbones en-
»cendidos sobre su cabeza. No os dejeis vencer por
»el mal, sino venced el mal por el bien." ¡Qué
lecciones, hijos mios! La tierra sería sin duda una
copia fiel del cielo si se adoptasen generalmente;
mas por un trastorno inconcebible de ideas se cree
que todos los miembros de un cuerpo pueden y de-
ben ser cabeza: todos aspiran á dominar y man-
dar. La mano ha dicho al estómago *no te necesito*,

y ha desfallecido de debilidad. La cabeza ha dicho á los pies *de nada me servís*, y la cabeza ha quedado sin movimiento y sin vigor. En una palabra todo el cuerpo ha querido ser ojos, y no ha dejado lugar á los demas sentidos. De aquí las disensiones y las guerras. El militar se ha metido á teólogo y el teólogo á militar. El artesano se ha creido llamado á gobernar ejércitos y juzgar pueblos, y desearía ver á los generales y jueces en su taller. ¿Y queremos que haya paz? Sería esto fundarla en el mas espantoso desorden. Quebrántanse todas las leyes de la naturaleza y de la religion, y así se aleja la paz y Dios castiga con la guerra la transgresion de estas leyes. Estando nosotros llenos de pasiones no podemos tolerar las de los otros; es preciso desengañarnos: mientras no nos suframos no habrá paz, ni segun el mundo, ni segun Dios. Por eso decia el Apostol á los de Éfeso (1): *Os suplico yo encarcelado por el Señor que vivais dignamente con toda humildad y mansedumbre, tolerándoos mutuamente con paciencia en caridad.* Bien sé, hijos mios, que es bastante comun el disimular y tolerar algunos defectos del prójimo por insensibilidad, por mansedumbre natural, por condescendencia puramente humana, por interes personal, y aun por hipocresía farisaica. Esta no es la paz que yo os aconsejo, porque sé que Jesucristo vino á romperla, y como dice san Gerónimo, á poner una guerra

---

(1) Ephes. cap. 4.

buena para desterrar una paz mala. Os exhorto á la que nace de la caridad. Somos miembros de un cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, reuniéndonos en él un mismo Espíritu Santo: somos hijos de un mismo padre; seremos una misma cosa en la eternidad: es uno nuestro sacrificio con el cual fuimos redimidos; una nuestra fe y profesion, uno el bautismo que nos hace hijos de Dios, unos mismos los sacramentos que nos dan el espiritual alimento y nos colman de bienes: uno el Criador que nos sacó de la nada; y para decirlo todo en una palabra, en la iglesia todo se reduce á la unidad para que en todo reyne la paz.

Pero si, como hemos dicho arriba con Santiago, no alcanzamos la paz, porque no la pedimos á quien debemos, oid por último á quién os habeis de dirigir para conseguirla. Porque aquel solo puede darla, que es el autor de ella, que la Escritura llama Príncipe de paz. No hay paz sin gracia, y no habiendo gracia sin Jesucristo, se sigue que sin este Señor no puede el hombre tener paz ni con Dios, ni consigo mismo, ni con los demas hombres. El apostol san Pablo lo enseña expresamente escribiendo á los Efesios(1). "Cuando (dice) estábais muertos por vuestros delitos y pecados en los que anduvísteis en »otro tiempo, segun la costumbre de este mundo, »y segun el príncipe de las potestades del aire, »de este espíritu que ejerce ahora su poder so-

(1) Ephes. cap. 2.

„bre los incrédulos y rebeldes, en los cuales pe-
„cados tambien anduvimos nosotros siguiendo los
„deseos de nuestra carne y de nuestro espíritu,
„siendo como éramos por naturaleza hijos de ira
„como todos los demas; entonces Dios rico en
„misericordia por la excesiva caridad que nos
„tuvo, estando nosotros muertos por los pecados,
„nos dió la vida en Jesucristo (por cuya gracia
„os habeis salvado) y nos resucitó con él é hizo
„sentar en el cielo con Jesucristo para manifestar
„á los siglos venideros las sobreabundantes ri-
„quezas de su gracia por la bondad que nos ha
„manifestado en Jesucristo. Porque habeis de sa-
„ber que por la gracia habeis sido hechos salvos,
„no por vosotros; y ella es un don de Dios. No
„viene de las obras, á fin de que nadie se gloríe...
„Acordáos, hijos, de vuestro origen y de lo que
„érais en aquel tiempo sin Jesucristo, separados
„enteramente de la sociedad de Israel, extraños
„á los pactos contenidos en las promesas y sin
„Dios. Ahora habeis entrado en ellas en Cristo
„Jesus, en su sangre. Él es nuestra *paz*, que de
„dos pueblos ha formado uno solo, derrocando
„en su carne el muro de division que los sepa-
„raba: que por su doctrina ha abolido la ley car-
„gada de tantos preceptos, á fin de formar en sí
„mismo un solo hombre nuevo, poniendo paz
„entre ellos, y reconciliándolos ambos con Dios
„por la cruz, y matando en sí mismo las ene-
„mistades. Y á su venida os anunció la paz á vos-
„otros que estábais apartados de Dios, y á los

»que estaban cerca; porque por él tenemos en»trada unos y otros al Padre en un espíritu."
¡Oh, hijos mios! ¡qué abismo insondable de misterios está oculto en estas palabras! ¡Con cuanto placer mio me extendería en declararlas en particular si me lo permitieran los cortos límites de una carta! Pero sin embargo, os haré observar lo que propuse, á saber, que la paz viene de la gracia, y ésta de Jesucristo y no de nuestras obras: que Jesucristo solo es esta paz, porque él solo es la víctima de reconciliacion: que él es el Dios de la paz por su naturaleza divina, el rey de la paz por su encarnacion, el mediador de la paz por su sangre y su sacrificio, el lazo de la paz por su espíritu, y el apostol y evangelista de la paz por su palabra. Os diré que no ama á Jesucristo quien no ama la paz; y que se parece muy poco á él, quien, ó no trabaja por restablecerla entre los hombres, ó siente el trabajo y se cansa presto de los malos ratos que suele sufrir el que desea darla á los hermanos divididos y discordes. ¿Y cuánto distará de los sentimientos de nuestro amable Salvador el desgraciado que fomenta la division, el que enciende el voraz incendio de las rebeliones, sacudiendo por todas partes la hacha de la discordia? ¡Ah, hijos mios! Si entre vosotros se presenta alguno que manifieste tan criminales atentados, no le oigais: cerrad vuestros oidos, y decidle con san Pablo: *Nuestro Dios es Dios de paz*, *no de discordia*. Ésta no puede menos de producir efectos amargos.

Union bajo un Dios, bajo una religion, bajo un rey, ved aquí nuestros deseos. Si te complaces en sacudir el yugo suave de éstos, vé primero á examinar los resultados de esas horribles escenas que degradan la humanidad, y hacen estremecer el corazon mas duro, si no está enteramente ciega la razon. Echa una mirada sobre la Europa, vuelve despues á la América, y si no te pareces á las fieras, necesariamente volverás al órden. Porque ¿qué verás? Tiranos sedientos de sangre con pretexto de patriotismo, libertad é independencia: víctimas seducidas con estos mágicos nombres, hechas primeramente instrumentos de sus opresores, y oprimidas despues por ellos: familias cubiertas de luto, gimiendo en la miseria, ó blasfemando en la desesperacion: templos asolados ó convertidos en caballerizas: ciudades arruinadas, y campos regados con sangre y cubiertos de cadáveres. ¿Y aun te atreves, oh inhumano, á sacudir tu incendiaria tea? Huye, aléjate de entre nosotros; pues nosotros como hombres y como cristianos queremos la paz.

Este debe ser vuestro lenguage, amados hijos mios, porque bajo los dos respectos os es necesaria la paz. "A ella aspiran, como dice san »Agustin (1), las dos ciudades, la terrena y la »celestial. La de aquellos que no viven de la fe, »la buscan en las cosas y comodidades de esta »vida temporal; y la que vive de la fe la espera

(1) Ciud. de Dios, lib. 19. cap. 17.

»en las promesas eternas, y usa de las cosas »terrenas como peregrina, no para apegarse á »ellas y que le aparten de Dios á quien camina, sino para sustentar y tolerar mas facilmente el peso de este cuerpo que agrava el alma. Es comun el uso de estas cosas pasageras »á las dos ciudades, pero diferente el fin de usarlas. La ciudad terrena apetece la paz terrena, »y constituye la concordia de los ciudadanos en »obedecer y mandar, para tener cierta concordia »de voluntades en las cosas pertenecientes á la »vida mortal. La ciudad celestial, ó por decir »mejor, cierta parte suya que peregrina en esta »mortalidad vive de la fe, necesita tambien »esta paz hasta que pase esta mortalidad que la »hace necesaria. Por esto vive como cautiva y »peregrina en la ciudad terrena, y en su cautividad y peregrinacion no duda obedecer á las »leyes, para que siendo comun la mortalidad, se »conserve en las cosas pertenecientes á ella la »concordia de las dos ciudades. . . La celestial »mientras anda peregrinando por la tierra llama »ciudadanos de todas las naciones, y forma una »sociedad de todas las lenguas, sin cuidar de lo »que hay diverso en sus costumbres, leyes é instituciones, con lo cual se busca ó se conserva »la paz terrena, sin rescindir ni quebrantar ninguna de ellas, antes bien guardándolas y siguiéndolas, con tal que no impidan la religion »que enseña á dar culto al sumo y verdadero »Dios. Usa pues de la paz terrena en esta pere-

»grinacion, y de la concordia de los ánimos en »lo perteneciente á la mortal naturaleza de los »hombres, y la defiende en cuanto puede sin he»rir la piedad y la religion, refiriéndola á la paz »celestial, la cual de tal manera es paz verda»dera, que sola ella debe llamarse paz de la »criatura racional, á saber, ordenadísima y con»cordísima sociedad de gozar de Dios, y de unos »y otros en Dios; en llegando á la cual no ha»brá vida mortal, sino completa y ciertamente »vital. Esta paz tiene por la fe, mientras pere»grina: de esta fe vive justamente, cuando refiere »todas sus buenas acciones para con Dios y para »con el prójimo á lograrla, porque la vida de la »ciudad es ciertamente social."

Aquí teneis, hijos mios, bien explicado por aquel gran padre de la Iglesia el fin de la paz terrena y el de la espiritual, las cuales nos son absolutamente necesarias para llegar al término de nuestra peregrinacion. Por esto las pedimos continuamente en nuestras oraciones, y particularmente en el santo sacrificio de la misa, cuando despues de la oracion dominical suplicamos al Señor que nos libre de todos los males pasados, presentes y venideros. . . Y que apiadándose de nosotros *dé paz en nuestros dias*, para que con el auxilio de su misericordia seamos libertados de todo pecado y seguros de toda perturbacion por Cristo nuestro Señor (1). Dos paces pedimos aquí,

(1) Canon de la misa.

la del corazon y la de la iglesia. La primera no puede subsistir con el pecado, y por eso se pide absolutamente; pero la segunda no es tan necesaria, aunque siempre es de desear. Las persecuciones que sufre la Iglesia no la quitan del todo la verdadera paz, antes por el contrario muchas veces le son útiles para ejercitar su paciencia; que aun por eso no pide absolutamente que se la conceda esta segunda paz, sino la confianza, la tranquilidad y la fortaleza con que al fin sale triunfante y victoriosa de entre las persecuciones. Desea que Dios la dé la paz, y la desea para todos los que participan del adorable sacrificio diciendo: *Esté siempre con vosotros la paz del Señor*. Notad, hijos mios, que se dice, *la paz del Señor*, no la del mundo: es decir, aquella paz que nos pone en sosegado órden con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo; aquella que está esencialmente enlazada con la caridad, aquella en fin que deseaba san Pablo á los filipenses quando decia (1): *La paz de Dios que excede todo sentido, guarde vuestros corazones é inteligencias en Cristo Jesus*. En vano intentaríamos ponderaros las ventajas de esta paz. Si excede todo sentido ¿cómo será posible comprenderla ni explicarla? Preciso es para subir á este monte santo dejar al pie lo que hay en nosotros de animal y terreno. Necesario se hace elevarse sobre todos los sentidos para llegar al trono de

(1) Ad Filip. cap. 4.

la paz. *Es un favor de Dios*, segun el lenguage de los padres, y no se gusta si no se experimenta. Por eso decia san Agustin: *es necesario gustarla para hablar bien de ella.* Esta dulzura no es como la explican los hombres, sino como la experimentan las esposas. Pues ¿por qué quereis hablar de una cosa que no se entiende sino con el silencio? Yo creo que no se la ama bastante quando se habla de ella; pues no se puede gozar de ella sino quando se deja de hablar. Si excede todo sentido, no puede ser la de los sentidos, la cual es sin duda la mas peligrosa, estando obligados á domarlos y subyugarlos bajo una santa captividad. Si gozan de paz nuestras pasiones, es señal clara del triunfo que han logrado, y su fuerza es una prueba de nuestra debilidad. Esta guerra contra los sentidos es la guerra de Dios, porque él nos la manda hacer, y combate en nuesto favor por su espíritu, que es toda nuestra fuerza. Cuando vencemos y por su gracia destruimos en nosotros lo que es opuesto á él, entonces tenemos paz, y paz de Dios, porque él nos la dá haciéndonos vencer, y ella nos une á él mas perfectamente.

La paz guarda nuestros corazones, porque los mueve á amar cada vez mas á su verdadero bien, y así se hacen invencibles. La vida y la fuerza del corazon es el amor bueno, como su debilidad y muerte el amor malo. Por eso la paz de Dios guarda nuestros corazones ciñéndolos con un doble muro, el del temor filial y el del amor,

que inflamado sube con santa actividad á su fuente. En vano se buscarán comparaciones para ponderar la seguridad que dá al corazon esta gran guardia. No hay guerra alguna de carne, de mundo, ni de demonio, ni de todos juntos, que atemorice y haga desmayar al que está en el seno de la paz de Dios. Pero observad, hijos mios, que ésta no guarda necesariamente mas que el corazon y los pensamientos. Ni se dice que sea guardia de nuestros bienes terrenos, ni de nuestro cuerpo y salud. Estos bienes son comunes á buenos y malos, y vemos que muchas veces abundan mas en los malos, sin que con ellos les venga la paz de Dios. Aun á veces son una prueba de la ira de Dios que les colma de ellos, para dejarles que labren su ruina, así como deja que vengan males sobre el justo para que se labre su corona. Con tal pues que la paz de Dios guarde nuestro corazon, ni los males ni los bienes terrenos podran sacarnos del sosegado órden, como lo habeis visto en David y en los mártires, y generalmente se observa en la vida de los santos.

Tambien guarda la paz de Dios nuestro espíritu y pensamientos, segun enseña el Apostol. Cuando hay caridad en nuestra voluntad, y verdad en nuestro entendimiento, sin que haya otra cosa, nada tenemos que temer, y estamos bien guardados. Ocupados y llenos de estos dos grandes objetos que hacen el principio de la felicidad del hombre sobre la tierra, y la completan en el cielo, lo poseemos todo, y nada puede prevale-

cer contra nosotros. Porque nada hay mas fuerte que Dios, y estando sujetos á este Señor somos una cosa con él, lo cual nos hace invencibles. Ved ahí como el corazon y el espíritu vacíos de todo lo terreno, están llenos de Dios, y esto hace la abundancia de la paz que nos guarda. Es verdad que algunas veces parece que guardando Dios el corazon abandona el espíritu á distracciones; pero esto que nos sirve de ejercicio, no dá ventajas reales á nuestros enemigos, mientras no logren aportillar el corazon. En ocasiones toman los enemigos las obras exteriores de las plazas; pero sin poder asaltarla por ningun lado, tienen que retirarse con pérdida de los puntos ocupados. Así sucede en los asaltos que intentan darnos los enemigos de nuestra paz.

Amad pues la paz, hijos mios, en Jesucristo. Tenedla con Dios, observando fielmente sus leyes, y evitando la indignacion con que este Señor omnipotente amenaza á los transgresores. Tenedla con vosotros mismos domando vuestras pasiones y apetitos carnales, origen de las inquietudes que atormentan al malo dia y noche, y como buitres carniceros se clavan en sus entrañas para desgarrarlas. Conservadla con todos los hombres en cuanto os sea posible, disimulando sus faltas, tolerando sus defectos, y amándolos á todos en Jesucristo y por Jesucristo. Entonces será vuestra afortunada Isla una imagen verdadera del cielo, y vuestra sociedad la de unos perfectos hijos del Dios de paz. ¡Qué placer será para vuestro

pastor presentarse entre sus ovejas y hallarlas obedientes á su primera voz, que se aman mutuamente, que se saludan en ósculo santo, y que se presentan dóciles al que solo pretende vuestra felicidad espiritual y temporal! ¡Oh hijos mios, y cuanto aligera esta dulce esperanza el peso enorme del cargo que me abruma! Si al presentarme entre vosotros os digo con el pastor del rebaño de la Iglesia: *La paz sea con vosotros*, y en efecto veo que descansa en vuestras casas, lugares y ciudades ¡cuán alegre viviré entre vosotros! Sí: espero no tener que sacudir el polvo de mis zapatos con tristeza y dolor. Confio en que vuestra conducta será un modelo para esas desgraciadas regiones, que abandonadas á una guerra de desolacion atizada por los mismos que desean esclavizarlas, no ven el abismo que se están abriendo para sepultarse. Tomemos todos parte en su desgracia como miembros de un mismo cuerpo, y entretanto que llega el momento deseado de haceros oir mi voz, me reuno con vosotros en espíritu, y postrado entre el vestíbulo y el altar con ese venerable clero, objeto de mi respeto y amor, y auxilio mio en el cultivo de la viña comprada con la sangre de Jesucristo, oremos incesantemente diciendo con un celoso pastor de nuestros dias:

Libradnos, Señor, de todos los males de cuerpo y alma que la guerra nos ha causado ya, y nos causará mientras dure. Concedednos la paz por vuestra misericordia: *Da propitius pacem in diebus nostris*... El hierro y el fuego de los com-

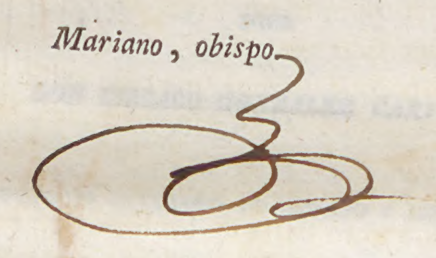
bates, la hambre ó la miseria que los ha seguido, y la peste horrible que se anticipó, han desolado varios distritos, arruinado muchos pueblos, y disminuido considerablemente el número de habitantes. Vos, Señor, habeis enviado contra nosotros la espada, la hambre y la peste para castigar nuestros pecados. Éstos os obligaron á descargar tan terribles azotes. . . pero levantad ya vuestra mano en atencion á vuestra misericordia y nuestro arrepentimiento. Dadnos pues la paz, Señor, dadnosla, porque no hay otro que pelee en nuestro favor sino vos, Dios nuestro. Ayudadnos, Señor, porque hemos quedado en la última miseria. La inmoralidad y la ignorancia han abierto las puertas á la impiedad, y está cundiendo mas que la guerra, el hambre y la peste, ha inficionado una gran parte de los hijos de vuestra iglesia. Otra por falta de enseñanza y de luces no se halla en disposicion de curar tantos males. Vuestra Iglesia de España y de Indias, en otro tiempo tan floreciente, se vé en ignominia, y como se quejaba santo Tomas de Villanueva (1), ha perdido su hermosura y lozanía. Por esto las serpientes desnudan sus pechos y dan de mamar á sus cachorros. Enviad, Señor, obreros á esta vuestra viña, pacida por la fiera solitaria, por la incredulidad é impiedad, conjunto de errores, ó por decir mejor único error que hace en vuestra viña mas daño que todos los demas juntos. Mi-

(1) Conc. 1. in Pestecosten.

rad con particular amor á esta de Puerto-Rico, gobernada trescientos años há por tantos prelados venerables y distinguidos en ciencia y santidad. Dad, Señor, al último y menor de todos ellos la gracia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio que le habeis encomendado, para que gozando de paz en esta vida juntamente con su rebaño, ó mas bien vuestro, llegue á la ciudad donde todo es amor, caridad y paz eterna. Amen.

Dada en Madrid á 19 de marzo de 1816.

Mariano, obispo.



rad con particular amor á esta de Puerto-Rico, gobernada trescientos años ha por tantos prelados, venerables en virtud, en ciencia y santidad. Dad, Señor, al último y menor de todos ellos la gracia necesaria para desempeñar dignamente el ministerio que le habeis encomendado, para que gozando de paz y caridad juntamente con su rebaño, ó mas bien volando, llegue á la ciudad donde todo es amor, caridad y paz eterna. Amen.

Dada en Madrid á 19 de marzo de 1816.

Mariano, obispo.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm